

CAPITULO LXIII.

Consecuencias de la famosa batalla de las Navas de Tolosa. — Postreros hechos del rey D. Alfonso VIII. — Su muerte. — Breve reinado de su hijo Enrique I. — Proclamación de Doña Berenguela y su renuncia en su hijo Fernando. — Desgraciada muerte de Pedro II de Aragon. — Sucédele su hijo Jaime.

De gran importancia fue la batalla ganada por los cristianos en las Navas de Tolosa el día 16 de julio de 1212.

Con ella quedaba completamente lavada la funesta derrota de Alarcos ocurrida diez y siete años antes, según ya dijimos, recibiendo un golpe mortal el poderío musulmán.

Immensa fue la pérdida que tuvieron los infieles en esta batalla, elevándose el número de muertos, según refiere el arzobispo don Rodrigo, á doscientos mil, y á menos de veinte y cinco mil el de los cristianos.

Aun cuando hay bastantes historiadores que suponen que la pérdida del ejército cristiano fue solamente de veinte y cinco á cincuenta soldados, hay otros que con mas fundamento, á nuestro juicio, opinan que esto pudo nacer del error en que incurrieran al leer la crónica del arzobispo D. Rodrigo.

El historiador prelado, dice « que se calcula murieron de los moros sobre doscientos mil, y de los nuestros apenas veinte y cinco, » y en esto creen algunos debe sobreentenderse que omita el mil por haberlo dicho ya en la cifra anterior, y como muchas veces se hace.

Nosotros, siguiendo al erudito Lafuente, nos hallamos inclinados á creer esta version, aun cuando por otra parte en la carta escrita por el mismo Alfonso VIII al pontífice Inocencio III, dándole cuenta de la batalla, le dice que apenas murieron veinte y cinco ó treinta, y el arzobispo de Narbona, testigo presencial de ella, juzga que « no murieron cincuenta de los nuestros. »

Immensos fueron los despojos cogidos al enemigo, siendo tan considerable el número de armas, que por espacio de dos dias estuvo alimentándose el fuego solamente con las lanzas y ballestas cogidas, y apenas si pudo gastarse la mitad.

Las joyas y las telas, el oro y la plata recogida por doquier, fueron magnánimamente distribuidas por el rey de Castilla entre los navarros y aragoneses, reservándose para sí mas que todo, la gloria, que tanto él como sus castellanos, adquirieron en la memorable jornada.

La tienda del Miramamolín la envió á Roma como trofeo, el estandarte del rey de Castilla quedó en Burgos; Toledo conservó las banderas arrebatadas á los infieles, el rey de Navarra añadió al escudo de sus armas las cadenas de oro en campo de sangre y en España quedó instituida la gran fiesta conocida con el nombre del Triunfo de la santa Cruz.

Puesta de nuevo en marcha la hueste, los castillos de Ferral, Baños, Tolosa y Bilches cayeron en su poder, siguiendo poco á poco la misma suerte, Baeza y Ubeda.

Lo ardoroso de la estacion obligó á los aliados á regresar á su país, separándose cada uno para dirigirse á sus estados despues de haber hecho su triunfal entrada en Toledo.

El califa de los Almohades pasó á Marruecos, donde fué á ocultar su vergüenza en el seno de los impuros deleites á que se entregó abandonando el gobierno á su hijo Cid Abu-Jacub.

Aun cuando invitados para asistir á aquella campaña los monarcas de Leon y Portugal, dejaron de hacerlo, el segundo, tanto por no ser tan dado á las belicosas empresas como su padre el animoso Sancho I, cuanto porque tenia que atender á las cuestiones eclesiásticas que agitaban su reino, y al propósito que formara de despojar á sus hermanas de los castillos que su padre las dejara; y el primero, por móviles mas mezquinos, aprovechándose del abandono en que Castilla quedara con la marcha del ejército á Andalucía para apoderarse de las plazas que en dote correspondieron á su esposa D.^a Berenguela, y que con la separacion de ambos esposos volvieron á poder del castellano.

Sin embargo, el generoso Alfonso VIII, despues de su regreso á Castilla provocó á hacer la paz ajustándose esta en Valladolid en 1213.

De nuevo púsose en campaña el rey de Castilla, y entrándose por las tierras del musulmán arrebatóle nuevas plazas.

En este mismo año fue tan espantosa la esterilidad que afligió á Castilla, que según los Anales toledanos llegó la miseria al extremo de comerse los animales inmundos y hasta los niños, muriendo de hambre millares de desdichados, á quienes no se podía socorrer.

Al año siguiente, ó sea el de 1214, el día 6 de octubre, y en la oscura aldea de Gutierre Muñoz, en ocasion que el rey de Castilla se dirigía hácia Plasencia á celebrar una entrevista con su yerno Alfonso II de Portugal, acometióle una fiebre maligna de la cual sucumbió á los cincuenta y siete años de edad.

Once años tenia su hijo Enrique I cuando fue jurado por rey de Castilla bajo la tutela de su madre D.^a Leonor, tutela que solo se prolongó veinte y cinco dias despues de la muerte de su padre, pues falleció la reina agoviada bajo el peso del dolor que la produjo la muerte de su esposo.

En virtud de las disposiciones testamentarias de Alfonso VIII, su hija D.^a Berenguela encargóse de la tutela de su hermano, mas bien pronto hubo de abandonarla ante las ambiciones de los Laras, que al fin se apoderaron del rey niño, maltratando y persiguiendo, tanto á la ilustre señora cuanto á los caballeros que seguian su parcialidad.

Efímero y azaroso fue el breve reinado de Enrique I. Los bandos dividían á Castilla y las ambiciones destrozaban aquel reino que tan poderoso dejara el vencedor de las Navas de Tolosa.

Apesar de su tierna edad no dejaba de comprender el niño-rey todos los abusos de su tutor y el inconveniente proceder usado por este respecto á su hermana.

Llegaban hasta él los clamores de aquellos pueblos horriblemente vejados por tantas injusticias y por tantos atropellos y mas de una vez demostró su disgusto y su anhelo por volver á la tutela de su hermana.

D. Alvaro sospechó que algo respecto á esto se trataba, y para distraer á su régio pupilo de aquella idea, hablóle de casamiento, frase, que como dice muy bien un antiguo cronista, « en los pocos años es lo que mas ruido hace para divertir pensamientos tristes. »

Una hija del rey de Portugal, llamada D.^a Mafalda, fue la elegida, y apenas hubo obtenido el consentimiento, hizo que viniese á Castilla al objeto de verificar las bodas inmediatamente.

Pero D.^a Berenguela velaba y advertido el pontífice Inocencio III del parentesco que mediaba entre ambos contrayentes, dió encargo á los obispos de Palencia y Burgos para que se opusiesen al matrimonio.

Entonces el altivo D. Alvaro se atrevió á pedir para sí la mano de la infanta, mas esta le rechazó cual se merecía y regresando á Portugal, retiróse á un monasterio donde consagró á Dios su existencia.

Fácilmente puede comprenderse que con esto aumentaría mucho mas la saña y la persecucion contra los amigos de D.^a Berenguela, los cuales tuvieron que sufrir todo género de persecuciones y atropellos.

La muerte del jóven monarca ocurrida en Palencia á consecuencia de la caída de una teja en ocasion que el niño rey se hallaba en uno de los patios jugando con otros donceles de su edad, á la par que puso término á la soberbia de sus orgullosos tutores, demostró la prudencia y la energía de D.^a Berenguela.

Tan luego como supo el desgraciado accidente que la privaba de su hermano, envió secretamente un mensajero de confianza á su esposo el rey de Leon que se hallaba á la sazón en Toro, solicitando le mandase á su hijo, á quien deseaba ver.

Sin dificultad accedió Alfonso IX de Leon y D.^a Berenguela, apenas le tuvo en su poder, llevóle á Valladolid, donde convocó á los prelados, grandes y procuradores del reino, y presentóse como sucesora legitima de la corona de Castilla.

Todas las ciudades la aclamaron con satisfacción, pues las demasías de los Laras habianles hecho aborrecibles, quedando reconocida y jurada por reina de Castilla.

Entonces con un desprendimiento y una grandeza de alma digna de loa, renunció la corona en su hijo con admiracion y aprobacion de todos, quedando aclamado por rey de Castilla el niño Fernando III, que mas tarde fue conocido en la historia con el dictado del Santo.

Mientras que el rey Alfonso VIII de Castilla despues de la batalla de las Navas prosiguió alcanzando para sus reinos nuevos laureles, D. Pedro II de Aragon vióse mezclado en las funestas guerras de los albigenses, que con mayor furor y encarnizamiento continuaban en Francia.

Los condes de Tolosa, del Bearne y Foix reclamaron su auxilio como sus deudos y aliados, y fracasado el proyecto de avenencia que medió por las diligencias del aragonés con el legado de la Santa Sede, las tropas aragonesas marcharon á ponerse de parte de los albigenses.

Sentó sus reales el rey de Aragon ante el castillo de Muret, y en la funesta batalla que en aquel sitio tuvo lugar, abandonados cobardemente los aragoneses por los condes herejes á quienes fueron á defender, quedaron derrotados, pereciendo el mismo rey de Aragon juntamente con sus mejores caballeros.

El 13 de setiembre de 1213 tuvo lugar este hecho, origen de graves alteraciones en el reino, pues los dos hermanos de D. Pedro, D. Sancho, conde de Rosellon, y D. Fernando, monje de Montearagon, querian apoderarse del trono.

Felizmente, varios caballeros obtuvieron del Papa les hiciese entrega del niño D. Jaime, hijo de D. Pedro y de D.^a Maria, cuyo matrimonio habia sido declarado válido al fin, y conducido á Lérida, donde se convocaron cortes en 1214, juraronle y le aclamaron por rey, teniendo en sus manos al niño que á la sazón contaba la corta edad de seis años y cuatro meses, Aspergo, arzobispo de Tarragona.

Confióse la guardia y educacion del rey al maestro del Templo Guillen de Monredon, trasladándosele al castillo de Monzon, que era fuerte y seguro, dividiéndose la gobernacion del reino entre tres gobernadores, uno para Cataluña y dos para Aragon, siendo estos últimos D. Pedro Ahones y D. Pedro Fernandez de Azagra, quedando como procurador general del reino D. Sancho, conde del Rosellon y tio del monarca.



D. FERNANDO III (EL SANTO)

CAPITULO LXIV.

Disturbios que agitaron al reino durante los primeros años del reinado de Fernando III, el Santo.—Muévele guerra su padre Alfonso IX de Leon.—Primeras campañas del Santo rey contra los moros.—Muerte del rey de Leon.—Su testamento.—Dificultades que tuvo que vencer Doña Berenguela para que el rey de Castilla le sucediera.—Reunion definitiva de las dos coronas.

FRISABA en los diez y ocho años el rey D. Fernando, cuando por renuncia de su madre D.^a Berenguela subió á ocupar el trono de Castilla.

Dadas las circunstancias en que el reino se hallaba, y teniendo en cuenta el terrible golpe que con esto recibiera el poder de la casa de Lara, fácil es de comprender que no dejarían de provocar obstáculos al joven monarca.

El rey de Leon á su vez olvidándose de que era su hijo el rey de Castilla, irritado por lo que juzgaba pesada burla de su esposa, fácilmente dió oídos á las sugestiones del de Lara, y presto el rebelde noble y el ambicioso padre pusieron en armas, penetrando D. Sancho hermano del leonés con poderosa hueste en las tierras castellanas llegando hasta cerca de Valladolid.

Pero lo que no pudieron conseguir los esfuerzos de D.^a Berenguela, que puso por intermediarios á los prelados de Búrgos y de Ávila, obtúvolo el denodado espíritu de los pueblos, que de tal modo se mostraron hostiles á los leoneses que estos se vieron obligados á retroceder.

Las primeras campañas del rey de Castilla dirigieron contra el castillo de Muñon y las villas de Lerma y Lara que sostenían en su contra los parciales de D. Alonso, obteniendo satisfactorio resultado en su empresa.

Mas no por esto se abatió el de Lara, conservaba todavía gran número de villas y castillos, y ordenando sus huestes empezó á talar las tierras que eran fieles al joven monarca, tratando á las desdichadas poblaciones como á país enemigo.

Entonces D.^a Berenguela desprendió de todas sus joyas y alhajas y su producto lo dedicó al mantenimiento de tropas, con las cuales pudo salir su hijo en direccion de Palencia, donde se hallaba el rebelde conde con la mayoría de sus parciales.

Contraria fue la suerte para este cuando mas seguro y poderoso se creía.

Atacado por los caballeros hermanos, Alfonso y Suero Tellez quedó derrotado y prisionero, debiendo mas tarde á la magnanimidad de Fernando que le devolviese su libertad, merced á la entrega de los castillos y fortalezas que poseían, tanto él como su hermano Fernando.

Mas no por esto pudo quedar en paz el reino. De nuevo los Laras auxiliados por el leonés presentáronse en campaña, y presto las huestes del padre y del hijo se hallaron frente á frente disponiéndose, aunque con gran repugnancia Fernando á sacar la espada contra su padre.

Felizmente por mediación de varios prelados y caballeros evitose que llegase este caso viniendo á una avenencia padre é hijo, de la cual resultó la paz, costándole la vida al de Lara el disgusto de verse humillado el que tan orgulloso y altanero era, y pobre y despreciado despues de haber sido tan poderoso y respetado.

Por este tiempo y con el tacto y prudencia de que tan repetidas pruebas estaba dando D.^a Berenguela, concertóse el matrimonio del monarca de Castilla con la princesa Beatriz de Suavia, prima hermana del emperador Federico II, matrimonio que se verificó con gran pompa en el real monasterio de las Huelgas de Búrgos, el día 30 de noviembre de 1219.

Nuevos disturbios, si bien fueron de corta duracion, siguiéronse á este acontecimiento.

D. Rodrigo Diaz, señor de los Cameros y el tercer hermano de los Laras, D. Gonzalo, ayudado por el señor de Molina trataron de hacerse fuertes en los castillos que poseían, mas bien pronto quedó ahogada su rebelion merced á transacciones obtenidas por medio de algunos millares de maravedises de oro que el monarca entregó á los rebeldes para que le devolvieran las fortalezas que poseían, que á tales extremos y por semejantes medios solian terminarse estas cuestiones en aquella época.

El 23 de noviembre de 1221 dió á luz D.^a Beatriz un hijo al cual se puso por nombre Alfonso, destinado mas tarde á obtener el título de *Sábio*, con que le conoce la historia.

En el mismo año pusieron ambos esposos la primera piedra de la basílica de Búrgos, cuya obra fue encomendada á la buena direccion del obispo D. Mauricio.

Desde este momento puede decirse que da comienzo la época verdaderamente gloriosa é importante del reinado del santo rey.

Las divisiones que entre los musulmanes existían, la guerra que entre sí se estaban haciendo, presentaba ocasion favorable á los cristianos para atacarles con ventaja.

Ordenes dió el rey para comenzar la campaña, y como si solo hubiesen esperado esto las ciudades, Cuenca, Huete, Moya y Alarcón sin plan alguno y hasta sin nombrar caudillos que les gobernarán, lanzaron sus contingentes al reino de Valencia, de donde volvieron victoriosos, cargados de ricos despojos.

En la primavera de 1224, el rey, acompañado del arzobispo

D. Rodrigo, de los maestros de las Ordenes y de gran número de caballeros al frente de un escogido ejército penetró por la parte de Sierra Morena, consiguiendo que los moros de Baeza se le hicieran tributarios y contando las victorias que en esta expedicion obtuvo, por las batallas que dió.

Durante cuatro años hizo periódicas entradas por las tierras musulmanas, apoderándose sucesivamente de Andujar, Martos, Priego, Loja, Alhama, y de otra porcion de importantes poblaciones.

La toma de Baeza, acaecida el día de san Andrés de 1227, dió ocasion al santo rey para que á las banderas de Castilla agregase el aspa del Santo en conmemoracion del hecho de armas ocurrido en su día.

El año anterior, por su mano, y ayudado eficazmente por el arzobispo historiador D. Rodrigo, puso la primera piedra para la catedral de Toledo, adunando con esto, como dice un historiador contemporáneo, «la piedad y la magnificencia como religioso príncipe, con la actividad en las conquistas como monarca guerrero.»

Cercando se hallaba en 1230 la importante plaza de Jaén, cuando con la noticia del fallecimiento de su padre el rey de Leon, envió á llamar apresuradamente su madre, para que acudiera á tomar posesion de aquel reino que de derecho le pertenecía.

Tambien Alfonso IX de Leon en sus últimos años habia combatido enérgicamente á los infieles, arrebatándoles entre otros puntos importantes, la ciudad de Mérida con la ayuda que le prestara Fernando, que le envió una hueste para que le auxiliara.

Despues de la paz que en 1219 celebrara con su hijo, no hizo durante algun tiempo mas que enfrenar las rebeliones de algunos magnates turbulentos.

Entre estos, el principal era su hermano D. Sancho, que siempre quejoso de él, andaba en diligencias para pasarse á Marruecos á fin de obtener socorros con que hacer la guerra á su hermano.

La muerte libró á D. Alfonso IX de un adversario temible. En cuanto á los demás, fue reduciéndoles poco á poco quedando al fin en disposicion de poder hacer la guerra al infiel.

De sus mas notables hechos de armas, es uno indudablemente la toma de Cáceres.

Los almohades la habian arrebatado á los caballeros de Santiago, haciendo de ella una fortísima posicion.

D. Alfonso púsose sobre ella con gran golpe de gente y despues de repetidos ataques que si eran dados con extraordinario valor, rechazados tambien eran de igual manera, rindióse por fin en 1227 á las armas leonesas.

El vencedor, otorgó á la ciudad uno de los mas famosos y célebres fueros de aquella época, en el año de 1229.

El rey Aben-Hud que habia llegado á dominar en casi toda la España musulmana, al frente de un poderoso ejército cayó sobre el monarca de Leon, que á pesar de su inferioridad numérica no le escusó la batalla.

Segun los cronistas de aquel tiempo, el apóstol Santiago seguido de innumerables falanges de celestiales soldados vestidos de blanco, auxilió de tal manera al monarca leonés, que alcanzó sobre sus enemigos una de las mas brillantes victorias.

Pocos dias antes, añaden los mismos piadosos cronistas, habíasele aparecido al rey en Zamora, el glorioso S. Isidoro y tanto esta aparicion como la de Santiago en la batalla indicada, fueron las que le movieron á emprender la conquista de la importante ciudad de Mérida.

En ocasion que se dirigia al templo de Compostela á dar gracias al santo Apóstol por sus últimos triunfos, falleció en Villanueva de Sarria en 24 de setiembre, dejando en su testamento una manifiesta prueba del poco afecto que á su hijo tenia.

Segun sus historiadores, fue muy amante de la justicia y aborrecedor de los vicios, poniendo sueldo á los jueces á fin de quitar toda ocasion de soborno y de cohecho.

Y siendo esto así, no podemos comprender como tan injusto se mostró en el testamento que hemos indicado, respecto á su hijo.

Instituia en él por heredera á las dos hijas habidas en su primer matrimonio con D.^a Teresa de Portugal, que como sabemos, fue disuelto por el Pontífice como el posterior de D.^a Berenguela, sin recordar que él mismo habia hecho jurar y reconocer como heredero del trono de Leon á su hijo Fernando poco despues de su nacimiento, y que este acto habia sido ratificado por el papa Inocencio III.

Felizmente la prudencia y discrecion de D.^a Berenguela supo evitar los males que hubieran seguido á aquella inconveniente disposicion testamentaria, avistándose en Valencia de Alcántara con D.^a Teresa de Portugal.

Merced á esto mantúvose la paz en los dos reinos, cuyas coronas quedaron ya desde entonces y para siempre reunidas.



HERÓICO HECHO DE DIEGO PEREZ DE VARGAS.